

Desde Yocasta¹

Voces y ecos de tragedia



LAURA VERISSIMO DE POSADAS²

Difícil decir algo ahora. Una experiencia estética como esta —y como la vivida con *Ostia*— tiene el poder de agitar marcas y producir algo como una eclosión de significancia de la que no se puede dar cuenta de inmediato. Solo balbuceos. Se requiere un tiempo para que el torbellino se aquiete y las palabras y sus ecos nos trabajen; tiempo de dejarnos habitar, trabajar, tal vez soñar... Es en un después, en *après coup* —en esa temporalidad propia del análisis—, que algo podrá ser pensado, y solo a medias; fragmentario y fugaz, como es el saber en análisis.

Ya es un lugar común entre los psicoanalistas reconocer que los artistas van más adelante y más lejos en la capacidad de encontrar formas y palabras nuevas —no gastadas— para dar cuenta de lo más oscuro y violento de lo humano, como lo logra el texto de Mariana Percovich con su densidad y hondura poéticas, y por eso su inagotable poder de conmoción.

Yocasta —siempre relatada por otros en Sófocles, siempre en función de la tragedia masculina— es quien tiene la palabra. «Darles voz a las mujeres» es el proyecto de Mariana. En su investigación —que conocemos a través de sus obras *Damas crueles*, *Medea*, *Pentesilea*, *Extraviada* y, ahora, *Yocasta*— el género es explorado: el punto de vista de lo femenino, la mirada de los géneros enfrentados a los lados de la cancha, en esos espacios no convencionales («probando nuevas cosas», como dice en una conversación con A. Moreno y Z. O'Neill en 2011). En una actitud muy afín a la de nosotros, los

- 1 *Yocasta, una tragedia*. Puesta en escena de Marisa Betancour, El Mura, MAM. Actividad preparatoria al Coloquio sobre parentalidad.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. lauraver@adinet.com.uy

psicoanalistas, lo explora y lo pone en cuestión. No levanta un estandarte; en cambio, dice Mariana: «lo que más me interesa es darle voz a las mujeres» y «poner el género en cuestión». Le interesa investigar la recepción de cada espectador —la que, sabemos, es singular— así como los efectos en cada uno, por la conjunción entre la universalidad de Yocasta y la singularidad de cada historia, cada peripecia libidinal e identificatoria a partir de ese primer amor. *El nombre de la madre. Repudiada y deseada por todas las generaciones de hombres mortales*. Esa conjunción de afectos violentos, de polaridades de amor y de odio, es cuna de la subjetividad humana.

Al escribir *Yocasta* en el celular, la palabra apareció modificada: «Yo casta». Me sorprendió como un chiste que me evocó a otra obra de Sergio Blanco, *Tebas Land*. Ante el nombre de Yocasta, el parricida pregunta «¿Yocasta?». Los juegos de palabras, como el arte, son modos privilegiados de la expresión y el alivio de la angustia. *Mi fantasma no los abandonará jamás. Yo, Yocasta, la mujer, la madre, la amante, la esposa por los siglos de los siglos*.

Freud nos enseñó que la madre es la última mujer a quien cada humano acepta como «castrada», nuestro modo de decir *marcada por la falta* y, por eso, deseante.

Como el «fallido o lapsus digital» del aparatito lo revela, estamos modelados por la cultura occidental que, en su versión cristiana, aporta el relato (potente mito) de la madre virgen, madre sin intervención del hombre, sin deseo de otro más que de su hijo, ubicado como quien colma su falta: *el hechizo es muy fuerte / el hechizo de esos ojos grises que le recuerdan otros ojos*. Así como en los textos griegos, como lo destacó Mariana Percovich, en los que son muy frecuentes las alusiones a que «El cuerpo, como la reputación de la mujer, debe quedar guardado bajo siete llaves sin salir jamás».

Para el psicoanálisis, la matriz fundadora de cada ser humano, nuestro mito de origen, es la dependencia e inermidad respecto a otro quien, a través de sus cuidados, *informa* al hijo, sin saberlo. *Informa* de su deseo, producto de su propia historia edípica y su relación con la castración; matriz simbólica fundadora en la que hay tres desde el comienzo, «dos lazos psicológicamente diversos» (Freud, 1921/1978, p. 99), «algo o alguien más» que introduce diferencia, una brecha en la totalidad y la certidumbre del universo maternal; brecha que implica a la vez muerte y nacimiento a algo nuevo. Para dar cuenta de este hito, el psicoanálisis ha recurrido al nombre

del padre, expresión que si bien es metafórica, es *puesta en cuestión* porque es verdad que las revoluciones producen nuevas legalidades. Y esto vale, hoy, tanto para *padre* como para *madre*. La legalización de las uniones entre personas del mismo sexo, las adopciones por parte de parejas de hombres o de mujeres, el alto número de hogares monoparentales de jefatura femenina nos interpelan respecto de nuestras formulaciones y nos llevan a revisarlas en la búsqueda de dar cuenta de parentalidades y filiaciones, y de la discriminación entre genitores y quienes ejercen las funciones.

Importa discriminar lo que es contingente y datado históricamente, como lo son estas denominaciones emergentes de la sociedad patriarcal. Respecto a lo contingente, la tarea es el cuestionamiento. Desde el punto de vista del psicoanálisis, ese acto de libertad, como destaca D. Gil (1994), solo puede asumirse desde el sometimiento, no a la *ley que hacen los hombres* (las leyes de la ciudad; recordemos a Antígona), sino a la *ley que hace a los hombres*. Y esta es, para el psicoanálisis, una invariante: la ley de la castración, el reconocimiento del deseo como imposible, el reconocimiento de la incompletud y la finitud. («Ahora que no soy nada, soy un hombre», *Edipo en Colono*).

Decíamos que la *madre* (o su sustituto, como ya lo dice Freud) *informa*, sin saberlo, y así da forma a los modos de desear del hijo y a su aceptación —o no— de la castración. Las identificaciones se diseñan en esa matriz simbólica fundadora: por esto, para el psicoanálisis el deseo humano es edípico, *no todo* (puede ser poseído, dicho, pensado...). A pesar de los enormes cambios culturales, ese primer lazo erótico con un otro significativo (lo que plantea el problema de la institucionalización del bebé) es imprescindible. La palabra que Freud usa para el *sepultamiento* del Edipo da cuenta de su vigencia siempre, a lo largo de toda la vida: no se supera, sino que va a los fundamentos.

Lo que Mariana, como poeta, dice mucho mejor:

*Cuelgo de mis cintas
sobre la cuna de los niños
sobre los lechos de los amantes furtivos
sobre la mirada amorosa del padre a la hija
sobre cada niño que exprime el seno de su madre.*

*Mis hijos reinarán sobre las futuras generaciones.
 Mis obras hablarán por mí.
 Yo fui amada
 como nadie lo ha sido
 Y repudiada
 como nadie lo ha sido
 y no tengo boca
 para repetir mi historia.
 Soy la peor de las mujeres
 la que está en todas las pesadillas
 reina de un mundo terrible
 para la conciencia de los venideros. ♦*

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1978). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XVIII, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Gil, D. (1994). Ni Edipo sin complejo ni Edipo con simplejo. Elementos para una relectura psicoanalítica de Edipo Rey. En D. Gil (Comp.), *Antiguas crímenes. Edipo, Narciso, Caín* (pp. 62-75). Montevideo: Ediciones Trilce.
- Moreno, A. y O'Neill, Z. (2011). Con la dramaturga y directora teatral M. Percovich. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 112, 169-185.
- Percovich, M. (2002). *Yocasta. Una Tragedia*. Disponible en: <http://www.dramaturgiauruguay.gub.uy/obras/yocasta-una-tragedia/>
- Sófocles. (Trad. 1981). *Las siete tragedias: Ajax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey, Electra, Filoctetes, Edipo en Colono*. Madrid: Gredos.